comprobar que precede á la aparición de otros accidentes característicos de la fiebre tifoidea. Estas materias pútridas, absorbidas por la vena porta, transmitidas al hígado, que las arroja en parte en la sangre y parte son segregadas por este órgano, pueden ser de nuevo absorbidas, sosteniendo un estado de envenenamiento permanente. Los purgantes salinos tienen la preciosa ventaja de desembarazar la economía de estas materias pútridas. ¿Pero de esto se deduce que lo consigan siempre? Evidentemente no, porque la mayoría de veces son administrados demasiado tarde, cuando la sangre está ya alterada. Son más eficaces, y se ha insistido sobre este punto, cuando son administrados lo más cerca posible del principio de la enfermedad.» *(Bouchardat.)*

El Nestor de la materia médica en Francia, no expresa más que uno de los modos de acción del sulfato de magnesia. Hubiera debido citar igualmente la influencia de esta sal sobre la composición de la sangre, á la cual aumenta su avidez por el oxígeno, es decir, la hematosis propiamente dicha.

Es para nosotros evidente, según experiencia personal de más de treinta años, que el Sedlitz Chanteaud es el verdadero conservador de la sangre, y por tanto, medio de alcanzar una larga existencia. De cualquier modo, el médico no puede pasarse sin emplearla en el tratamiento de toda enfermedad grave.

Activa la exhalación ó exosmosis y previene así las congestiones internas. Cuando el Sedlitz Chanteaud sea admitido como uso general, la mayor parte de las enfermedades desaparecerán, y el médico será un útil higienista, en lugar de ser un inútil naturalista, como dice el Dr. Amadeo Latour.

DOCTOR BURGGRAEVE.

AZÚCAR
al óxido de hierro soluble Ch. Chanteaud.

Papel de los ferruginosos en el organismo.

«El hierro es para los animales mamíferos, y por tanto, para el hombre, el solo metal verdaderamente normal (entendiéndose exceptuados los metales terrosos y alcalinos); todos los demás, como el cobre, el plomo, que se encuentran habitualmente en el hígado, los intestinos y la sangre, no son de ninguna manera útiles á su constitución, mientras que la presencia del hierro está íntimamente ligada á la composición de la sangre. He aquí algunas consideraciones dignas de atención.

El hierro no se encuentra en la economía animal, de una manera normal, más que en los glóbulos de la sangre; existe en proporción siempre igual; es el solo elemento que distingue el principio inmediato característico de los glóbulos, de las materias albuminosas. La energía de las funciones vitales está en razón directa de la proporción de los glóbulos de la sangre; se comprende sin esfuerzo cuán grande debe ser la importancia de la presencia de una cantidad suficiente de hierro en el organismo animal. Afortunadamente es uno de los metales más repartidos en la naturaleza, interviene siempre en una proporción cualquiera en nuestros alimentos y es difícilmente eliminado de la economía. En el estado ordinario el riñón no separa el más pequeño indicio; el hígado no elimina más que el

excedente del introducido en la circulación. Un metal, de que la naturaleza es tan pródiga en su producción y tan económica en su gasto, puede, sin embargo, en ciertas condiciones faltar en la economía viviente. ¿Cuáles son las preparaciones ferruginosas que se deben escojer, y por qué transformaciones se hacen parte integrante del elemento más importante de la sangre, es decir, de los glóbulos rojos?

Ocupémonos de la segunda cuestión, y después tocaremos la primera.

«Los glóbulos de la sangre faltan más comunmente en las jóvenes que habitan en las grandes ciudades y que están debilitadas por ocupaciones sedentarias, una vida muelle y una insolación insuficiente. Tanto hierro toman en sus alimentos como las jóvenes campesinas; mas son impotentes para asimilárselo perfectamente. Puede decirse que así como las plantas encerradas en un invernadero y privadas del beneficio de la luz, dejan de cubrirse del rico color de su estado de salud; lo mismo estas jóvenes abrigadas por los altos muros de nuestras grandes ciudades, no se encuentran en situación abonada para asimilar el elemento que forma la parte característica de los glóbulos de la sangre. Si las plantas bajo la influencia de la luz poseen esta admirable propiedad de organizar los elementos de la materia muerta, y suministrar á los animales materiales albuminosos ya preparados, se ve también que esta luz extiende su influencia vivificante á los animales, y precisamente para formar el elemento orgánico más característico de los animales superiores, el glóbulo sanguíneo, el que las plantas no preparan completamente para sí.

Esta acción creadora de la luz es la regla en las plantas, en los animales es la excepción; más se ejerce sobre el principio más importante de la vida animal: el glóbulo sanguíneo.

En las plantas es una acción reductora; el carbono es asimilado por la descomposición del ácido carbónico y la eliminación del oxígeno, y el hidrógeno, por la descomposición del agua. Parece verosímil pensar también que, como consecuencia de una acción reductora, es el hierro parte constituyente de los glóbulos de la sangre y que existe bajo el mismo estado que el carbono, el hidrógeno, el nitrógeno y el oxígeno, es decir, en el estado de principio inmediato complejo, y forma parte integrante de él por la acción reductora de la luz.

¿Cuáles son, pues, las preparaciones ferruginosas que se prestan mejor á estas transformaciones y que se deben administrar de preferencia? Esta cuestión me ha preocupado en muchas ocasiones, y sin tener nada publicado *in extenso* en este asunto, he formulado en mis *Anuarios* el resumen de mis opiniones sobre esta materia. Las proposiciones que he enunciado y acabo de repetir, han sido vivamente atacadas; mas como la experiencia diaria me demuestra que nos conducen á no emplear más que buenas preparaciones, estas críticas no me han hecho cambiar mi manera de ver.

«Es preciso que el hierro esté en estado de protóxido, ó en estado de metal, que en el estómago se convierte en sal de protóxido.» *(Bouchardat.)*

Añadiremos que la preparación que llena mejor esta condición es el azúcar al óxido de hierro soluble, puesto que se combina á una materia orgánica, la que lo hace un verdadero alimento. Se le puede tomar en estas condiciones en la comida, como el uso común lo demuestra. De todas las preparaciones ferruginosas es la sola que no produce eructos nidorosos, ni trastor-

nos de la economía. Es particularmente ventajosa á los niños, y á las jóvenes cuando tienen retardo de las reglas. Este azúcar es un reconstituyente directo de la sangre. Para los niños es suficiente una cucharadita de las de café, para los jóvenes dos y para los adultos tres cucharadas con la sopa ó un poco de agua.

No tiene el gusto de tinta propio de las demás preparaciones ferruginosas.

DOCTOR BURGGRAEVE.

BIBLIOTECA

INCITANTES VITALES

—

Cafeina, quasina, arseniato de estricnina

La máquina humana tiene dos grandes motores — el cerebro y el estómago — que se representan en un estado de antagonismo contínuo, pero cuya buena armonía, por el contrario, constituye la salud. *Mens sana in corpore sano*, decían los antiguos, y los antiguos han tenido razón, aunque sus filósofos se hayan dividido en dos campos, el de los *espiritualistas* y el de los *materialistas*. Es cierto que en ambos campos se admite que hay gasto de fuerzas vitales y que tienen consecuentemente que ser levantadas y sostenidas. Aquí está el peligro, porque pide á menudo este tono después de exitaciones peligrosas. El aguardiente y el tabaco son los excitantes á que se ha recurrido frecuentemente, sin considerar que se mata la vida en lugar de prolongarla.

La naturaleza nos ha suministrado incitantes saludables en la *cafeina*, la *quasina*, y la *estricnina*.

La primera despierta el cerebro, la segunda activa la acción digestiva y la tercera aumenta la fuerza muscular ó dinámica. A ellos, pues, debemos recurrir desde el momento que sintamos que se debilitan nuestras fuerzas.

Bajo este concepto, somos como los senadores de la Roma antigua esperando á los galos en su silla curul.

Nosotros dejamos aproximar los achaques de la vejez sin hacer nada para defendernos. Este es un error: ometemos una crasa estupidez. He aquí por qué pre-